

Por MARTIN MAQUEDA



## Gil-Robles: De la C.E.D.A. a Matesa

A los setenta y seis años este hombre —con un punto de energía en el rostro a pesar de la fatiga perenn anclada en su mirada— todavía se resiste al eclipse. Sem jante terquedad del ex líder de la C.E.D.A. resulta más significativa si se recuerda que tres décadas atrás toda la España situada a su derecha (y cluso buena parte de sus antiguos correligionarios), los ven cedores, habían profetizado su muerte como hombre público. Esta opinión generalizada fue quizá el más cómodo resumer

de la historia profundamente contradictoria de nuestro personaje, que, en cinco años de actividad política (1931-1936), conoció —como él mismo ha escrito— «las aclamaciones delirantes de inmensas multitudes y los ataques sañudos de individuos y colectividades» y supo de la «adhesión fervorosa de las masas y de la deserción cobarde de muchos que se llamaban incondicionales». Ejemplo, en fin, de lo corto que puede llegar a ser el camino que conduce de la gloria al olvido.

Hoy bien puede decirse que el señor Gil-Robles nunca «murió» completamente. De entrada (y luego de algunas iniciativas desde el exilio que, por razones históricas obvias, pasaron inadvertidas en el interior) don José María trabajó en la formación del primer embrión democristiano de tendencia moderada (Democracia Social Cristiana) de la España de la posguerra, intento paralelo a otro de la misma ideología, pero más radical (Izquierda Demócrata Cristiana), auspiciado por un viejo compañero de partido: el profesor sevillano Giménez Fernández, ya fallecido. Culminación de ambas iniciativas fue el llamado «contubernio» de Munich (1962).

Hace muy pocas semanas, don José María Gil-Robles sorprendió al país (incluido probablemente el propio Gobierno) con el anuncio de que pretendía constituir una Federación Popular Democrática de inspiración cristiano-democrata, accgiéndose, no al Estatuto de Asociación Política, sino a la ley de Asociaciones de 1964. Como el señor Gil-Robles ha manifestado reiteradamente su propósito de no participar en el juego asociacionista, según los nuevos cauces, no es fácil comprender cuáles hayan podido ser las razones del ex ministro para recurrir a ropajes legales más bien pasados de moda.

Y, finalmente, Matesa. Desde que hace casi cinco años la esposa de don Juan Vilá Reyes encargara al ex «jefe» la defensa de su marido, el señor Gil-Robles no ha descansado.